



MICHAEL CRUMMEY
LOS ADVERSARIOS

Traducción del inglés a cargo de Diego de los Santos

IMPEDIMENTA

Aunque un agujero negro no emite luz, la materia
que atrae se acumula en un disco de acreción calien-
te y brillante que los astrónomos pueden detectar.

SVS.GSFC.NASA.GOV

Pero ellos a su propia sangre ponen asechanzas
y a sus almas ponen lazo.

PROVERBIOS

PURA COMO LA NIEVE.
UNA BODA EN INVIERNO.

Aquel invierno, una enfermedad mortal se había extendido por toda la costa y el único oficio que se celebraba en la iglesia era el de difuntos. El Beadle,¹ ante la mesa de madera desnuda que hacía las veces de altar, envuelto en su capa informe y con un gorro negro pegado a la cabeza, leía un pasaje de la Biblia y recitaba una oración por el difunto. No se pronunciaban sermones ni se cantaba ningún himno. Los pocos que aún tenían fuerzas para ir a llorar a los muertos los llevaban hasta su lugar de reposo y arañaban el suelo helado para cavar tumbas poco profundas.

El día de la boda, la iglesia estaba casi igual de vacía. En la ceremonia imperaba el mismo aire de desolación que en los funerales poco concurridos. La novia, una muchacha de catorce años, tenía las manos embutidas en un manguito de piel sobre el regazo. Todos los presentes en la iglesia, salvo su padre, le eran completamente desconocidos, y aun a su propio padre apenas lo conocía.

1. Cargo parroquial seglar propio del ámbito anglosajón protestante, sin correspondencia directa en español. (*Todas las notas son del traductor.*)

El padre era un comerciante de Jersey que llevaba veinte años en Terranova, aunque acostumbraba a pasar un invierno de cada dos con su esposa y sus hijas en el viejo continente. Ese año había vuelto a casa en septiembre, como de costumbre, pero se había quedado el tiempo justo para atender los asuntos más urgentes antes de embarcarse de nuevo. Sordo a las protestas de su mujer, se llevó consigo a su hija mayor. Ella nunca se había hecho a la mar y, nada más salir del canal de la Mancha, les sorprendió una tempestad; el navío se cargaba de agua verde cada vez que una ola se abatía sobre la proa. No salió de su camarote en toda la travesía, mareada y con miedo a que un golpe de mar la arrojase por la borda.

Como el novio llegaba tarde a la ceremonia, mandaron a los señores Matterface y Heater a buscarlo. La muchacha solo había visto a su prometido una vez, cuando este se presentó en casa del padre de ella en compañía del Beadle al día siguiente de su llegada. Los tres hombres se enfrascaron en una larga conversación mientras ella esperaba en el salón, meciéndose suavemente en la silla, como si aún estuviera en alta mar. Apenas hablaba inglés y no entendió casi nada de lo que decían, aunque el tono formal y desabrido de la charla hacía pensar que pudieran estar negociando el precio de una goleta o de un barril de sal gruesa.

Antes de marcharse, entraron en el salón y su padre le presentó a uno de los hombres como su futuro esposo. El otro era el Beadle, que oficiaría la boda, pero ella no podía dejar de mirar a aquel a quien la habían prometido. Para una niña, resultaba perturbador imaginarse a semejante adefesio como esposo, con esa cara de tocino y una boca pequeña y carnosa que le daba un aire de bebé glotón. La miró de arriba abajo, como quien examina una compra dudosa, y se volvió hacia su padre para decirle algo que la muchacha no alcanzó a entender. El Beadle se inclinó ligeramente hacia ella, en un gesto que parecía una reverencia de disculpa, y tomó del brazo al hombre para sacarlo de allí.

Después de aquello, la tuvieron recluida casi tres meses, hasta que la enfermedad remitió y los que sobrevivieron a su azote acordaron celebrar la boda. Aunque en la estufa de la iglesia crepitaba el fuego, las ventanas seguían encostradas de escarcha y los escasos invitados guardaban un silencio inexpresivo. Mientras esperaba, la muchacha contemplaba su caro manguito de piel de castor, acercándoselo de vez en cuando a la cara para secarse el hilillo de mucosidad transparente que le caía hasta el labio superior. Hacía tanto frío que no sentía los pies.

La puerta de la iglesia se abrió a sus espaldas y todos se volvieron con expectación. Entró un hombre y se detuvo a mirar a su alrededor, sorprendido sin duda por la ausencia del novio. Se quitó el gorro de lana; tenía el pelo oscuro muy corto por el cogote y detrás de las orejas, y lo llevaba peinado hacia un lado. La novia tardó unos segundos en darse cuenta de que detrás de él había entrado una criada con cofia gris y un trozo de percal basto sobre los hombros a modo de chal. Con las criadas era casi imposible saberlo a ciencia cierta, pero supuso que aquella muchacha debía de tener más o menos su misma edad.

Los recién llegados se sentaron juntos al fondo de la iglesia y el joven se quitó el abrigo; debajo llevaba una elegante chaqueta verde dragón sobre un chaleco a rayas con dos leontinas. Saludó con la cabeza a algunos de los presentes y, finalmente, cruzó la mirada con la novia y se la sostuvo. Ella se sintió extrañamente desnuda ante la mirada de aquel desconocido, incómoda pero cómplice al mismo tiempo. Antes de que su padre le llamara la atención con un codazo, se sorprendió deseando que fuera él la persona con quien estaba a punto de casarse.

El novio llegó por fin, en compañía de Matterface y Heater, no tanto con resaca como todavía borracho. Avanzaba entre los dos hombres como un preso conducido a su celda bajo custodia. Ocupó su lugar ante la mesa de madera que hacía

de altar, apestando y con los ojos rojos, y sus acompañantes se retiraron cuando el padre de la novia llevó a la muchacha a su lado. Él no la miró a ella ni a su futuro suegro, pero asintió con la cabeza mirando al Beadle para que empezara con la ceremonia.

—Estamos aquí reunidos —dijo el Beadle— para ser testigos de la unión de este hombre, Abe Strapp, y esta mujer, Anna Morels, en santo matrimonio. ¿Quién entrega a esta mujer para desposarse?

—Yo —dijo el de Jersey, asintiendo con la cabeza.

Aunque su cometido oficial ya había concluido, se quedó junto a la novia. Le iba traduciendo en susurros las palabras del Beadle a medida que avanzaba la sobria ceremonia, aunque el zumbido de pánico que le llenaba los oídos a la muchacha le hacía difícil seguir el hilo. Se quedó mirando fijamente al Beadle mientras hablaba, su rostro en ayuno perpetuo y su boca singular: en el lado izquierdo tenía todas las piezas, y en el otro carecía de dientes. La división era tan perfecta que parecía imposible que fuera casual y no fruto de algún infortunado designio.

—Si alguno de los presentes... —dijo el Beadle. Hizo una pausa y suspiró— conoce algún motivo para oponerse a la unión de estas dos personas, que hable ahora o calle para siempre.

El novio tenía los ojos cerrados y parecía medio dormido, pero se sobresaltó al oír una voz de mujer detrás de él. La muchacha se volvió para seguir su mirada hacia el fondo de la iglesia y le sorprendió ver que el hombre de la chaqueta verde y el chaleco a rayas se había puesto en pie.

—Maldita bruja —dijo Strapp.

El Beadle puso una mano en el brazo del novio.

—¿Tiene alguna objeción a este matrimonio, Viuda Caines?

La muchacha se quedó mirando la figura del hombre al que había deseado por esposo un momento antes: los hombros estrechos, las caderas. Un rostro que casi parecía el de un

muchacho adolescente, de no ser por su mirada, firme e imperturbable. Y la voz clara y aguda de una mujer.

—Las amonestaciones de esta unión no se han publicado según exige la costumbre —dijo la Viuda Caines.

—¿Y a ti qué te importan las costumbres cristianas? —le gritó Strapp.

—Señor Strapp —dijo el Beadle.

El padre de la muchacha se apartó de su lado y se sentó en el primer banco. Ella no sabía si debía seguirlo o no, y decidió quedarse donde estaba, observando a aquella extraña criatura vestida de verde.

—La calamidad que nos ha sobrevenido en los últimos tiempos ha trastornado muchas de nuestras costumbres, Viuda Caines —dijo el Beadle—. No hemos celebrado oficios regulares desde la muerte de su esposo.

—Por supuesto —contestó la mujer—. De lo contrario, habría presentado mi objeción hace semanas. —Se volvió y le hizo señas a la criada para que se pusiera en pie—. Esta es Imogen Purchase. Ha estado a mi servicio las dos últimas temporadas.

—¿Y qué tiene que ver ella con esta ceremonia? —preguntó el Beadle.

—La señorita Purchase está dispuesta a declarar bajo juramento que, a finales del pasado mes de septiembre, se encontró con el señor Strapp cuando se hallaba sola en Looking Glass Pond. Y que el señor Strapp, sin invitación ni consentimiento por su parte, la forzó.

Strapp señaló a la criada con el dedo.

—Jamás he puesto los ojos en esta moza —dijo.

—Puso en ella algo más que los ojos —replicó la Viuda—. Si no la reconoce es porque en aquel momento iba muy embriagado.

—¡Miserable marimacho! —contestó Strapp.

La joven novia observaba aquel intercambio como si asistiera a una función de títeres, intentando adivinar lo que sucedía por

las expresiones, los gestos y el tono de voz. Rezaba para que la imperturbable mujer de verde dragón se mantuviera firme.

El Beadle miró a Strapp a la cara.

—¿Forzó usted a esta muchacha?

—¡Mírela! —dijo Strapp con vehemencia, tambaleándose un poco por el esfuerzo—. ¡Esa atranca la puerta de su raja con una zanahoria hervida!

—¿De modo que sí la conoce? —exclamó la Viuda.

—Conozco a las de su calaña —contestó él—. Siempre están disponibles, como la silla de un barbero.

—La señorita Purchase declarará sobre este asunto bajo juramento.

—Y yo juraré todo lo contrario —insistió Strapp.

La Viuda metió la mano en un bolsillo interior de la chaqueta.

—Tengo una declaración jurada de Dallen Lambe, un hombre empleado por mi difunto esposo durante casi quince años. En ella afirma que sorprendió al señor Strapp y a la señorita Purchase en pleno acto y que hizo todo lo posible por proteger a la señorita Purchase, aunque llegó demasiado tarde para impedir que la violase.

—¿Por qué no está aquí Dallen Lambe para declarar en persona? —preguntó el Beadle.

—La enfermedad lo dejó postrado y aún no se encuentra con fuerzas para levantarse de la cama.

—¿Y qué? —preguntó Strapp—. ¿Qué tiene que ver todo esto con mi matrimonio?

—Tiene que ver con su matrimonio si el señor Morels retira su consentimiento —dijo la Viuda Caines.

—Miente —dijo Strapp, volviéndose hacia el de Jersey—. No quiere que se alineen nuestros intereses y ha urdido esta historia para hundir el barco.

—Esto sí que atañe directamente al matrimonio del señor Strapp —añadió la Viuda. Levantó la voz para volver a captar

la atención de la sala y, una vez lo logró, recuperó un tono más calmado—: la señorita Purchase está embarazada de casi cuatro meses.

Strapp giró furioso sobre sí mismo.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó—. ¡Quiere arrebatarme mi herencia!

—La señorita Purchase es una muchacha con escasa experiencia en asuntos mundanos —dijo la Viuda—. No ha conocido a otro hombre que no sea el señor Strapp.

—¡Seguro que no, por Dios! —exclamó Strapp con incredulidad, negando con la cabeza—. ¡Es pura como la nieve!

—Mary Oram la ha examinado y confirma su estado —añadió la Viuda.

Siguió un largo silencio, como si ninguno de los presentes supiera muy bien cuál debía ser el siguiente paso, y la joven novia menos que nadie.

—¿Señor Morels? —preguntó por fin el Beadle.

El de Jersey se levantó y tomó a su hija del brazo. No miró a derecha ni a izquierda, sino que la condujo por el pasillo de la pequeña iglesia hasta salir al frío cortante de la mañana.

Cornelius Strapp, padre del novio y el comerciante más próspero de la costa, llevaba casi un año muerto.

Había abandonado su Bristol natal a los diecisiete años y trabajado varios años como proveedor de buques y tonelero. Se estableció en San Juan de Terranova y, con sus ahorros, abrió una pequeña oficina de crédito que ofrecía préstamos a marineros, ramerías itinerantes y vagos de oficio para la compra de ron y vino, y con los beneficios de cinco años de préstamos se trasladó al extremo más remoto de la costa noreste de la isla. Construyó una pesquera de salmón en un río tan pródigo que sus criados llenaban setenta y cinco barriles al día. Al cabo de dos temporadas se hizo con una explotación de bacalao en

quiebra y, varios años después, compró una empresa mercantil en Mockbeggar. Durante más de tres décadas contrató y equipó a los numerosos pescadores que iban llegando cada año a la costa. La mitad de los residentes permanentes de la región le debían dinero. Solo Elias Caines y el de Jersey, que tenía su negocio en Nonsuch, al otro lado de Tinkersshare Head, poseían algo que se acercara, siquiera de lejos, a los activos de C. Strapp e Hijo.

Cornelius parecía dotado de un sexto sentido que le revelaba el potencial mercantil de cualquier negocio. Pero no era avaro, ni especialmente mezquino. Ayudó a financiar la construcción de la iglesia anglicana, levantó una pequeña escuela en un rincón de su propiedad y pagaba el sueldo de la maestra de su propio bolsillo. Fue nombrado juez de paz por el gobernador de la isla antes de casarse, cargo que desempeñó hasta su muerte.

Abe Strapp era el único hijo varón del comerciante y vivía cada día con la certeza de que heredaría el imperio de su padre. Era lo suficientemente astuto como para reconocer la ventaja que le otorgaba su derecho inalienable y servirse de ella como una porra con la que intimidar a sus inferiores, pero nunca había sentido la necesidad de labrarse su propio camino en el mundo. La gente decía que era como la imagen reflejada de Cornelius: todo lo admirable que había en su padre se encontraba en él invertido.

Tenía un fuego en la garganta que no lograba sofocar y se pasaba la mayor parte del tiempo en alguna de las tabernas de Mockbeggar, invitando a una ronda tras otra y perdiendo dinero a las cartas mientras discutía si los pieles rojas eran una tribu perdida de Israel o exagerando sus hazañas entre las escasas jóvenes de la costa. Lo único que conseguía despertar su interés era la posibilidad de salir de caza por el interior, aunque incluso Matteredface y Heater recelaban de su compañía en dichas ocasiones. Ya había matado a dos buenos perros de caza intentando abatir a algún ciervo.

Su comportamiento disoluto y su incompetencia le valieron al joven Abe el apodo de Abinútil. «Veo que el señor Abinútil durmió anoche en la taberna.» «¿Estas tablas torcidas quién las ha clavado, Abinútil?» Su afición a la bebida dio pie a un rumor muy repetido: que incluso cuando acorralaba a una joven no era capaz de izar la verga para consumir el acto.

Su padre no estaba acostumbrado a que se le resistiera nada y desplegó estrategias tan variadas como inútiles para intentar enderezar al joven descarriado. Lo molió a palos con un leño. Cambió el nombre de la compañía por C. Strapp e Hijo, pensando que el peso de la responsabilidad inminente le haría entrar en razón. Nada dio resultado.

Fue el Beadle quien sugirió que nombrara supervisores para asegurarse de que Abe no se metiera en problemas demasiado graves como para pasarlos por alto. Nadie más se habría atrevido a entrometerse en un asunto tan personal. El Beadle había empezado a trabajar para Cornelius antes de que este se casara y permaneció leal a su servicio durante décadas después de que su esposa abandonara este mundo. En calidad de capataz, llevaba la cuenta en los libros de la compañía de todas las mercancías, la sal para salar el pescado y el cordel que se habían repartido, y era su mano la que compensaba esa deuda con el bacalao y el salmón curados que los pescadores ofrecían como pago. La gente decía que la palabra de Abraham Clinch valía tanto como la de Strapp, y el propio Strapp no lo habría discutido. Tenía al Beadle en tan alta estima que le puso su nombre a su único hijo varón y le pidió que fuera el padrino del niño, huérfano de madre, en el bautizo. Esto hacía que Clinch sintiera que los innumerables defectos de Abe eran un fracaso personal suyo. Él fue quien seleccionó a Matterface y Heater para el papel de acompañantes y quien se los presentó a su patrón.

—Espero que no sean idiotas —dijo Cornelius.

El Beadle respondió de su carácter y Strapp padre hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—No le pondrán la mano encima —dijo—. Si ven que le hace falta una paliza, acudirán a usted.

Durante un tiempo, los dos hombres consiguieron aplacar los instintos más destructivos de Abe. Pero en el desempeño de sus funciones acabaron bebiendo y jugando junto a su pupilo. Su papel de protectores pronto pasó a consistir en provocar e insultar a cualquiera que despertase la antipatía de Abe y ajustar cuentas en su nombre. Seguían a las criadas hasta Looking Glass Pond y las acosaban mientras lavaban la ropa. Las perseguían entre los secaderos con el pretexto de ayudar a extender el pescado, intentando llevárselas entre las sombras, bajo las plataformas de madera de píceas, para meterles mano por debajo de la falda antes de que los descubriera alguna arpía con la cara curtida por la sal.

Al final, el Beadle relevó a Matterface y Heater de sus funciones para intentar separar al trío, pero ellos siguieron juntándose por voluntad propia. Para entonces, Cornelius comprendió que no poseía ni la energía ni la habilidad necesarias para desviar el curso deliberado de aquel río, y pareció resignarse a dejarlo fluir a su antojo.

En los últimos años de su vida, una enfermedad consuntiva lo obligó a guardar cama de forma intermitente y lo fue dejando cada vez más artrítico y debilitado. El Beadle llevaba años en posesión de *La práctica de la medicina*, de Blake, que le había enseñado a tratar laceraciones y dolencias estomacales, así como toda suerte de hinchazones, torceduras e infecciones. En varias ocasiones había tenido que acudir a amputar una mano o un pie ennegrecido por la congelación o la gangrena y los había cortado a la altura de la articulación con una sierra de carpintero, y algunos de aquellos pacientes habían sobrevivido al tratamiento. Pero el mal que afligía a Cornelius Strapp escapaba a sus conocimientos y habilidades.

Por primera vez, al asomarse al abismo cercano de su propia muerte, Strapp se obsesionó por completo con la naturaleza

desconcertante de su hijo: sus apetitos perniciosos, su vanidad, su desdén apático. Abe estaba irremediablemente atrofiado; avanzaba dando tumbos por la vida como un muchacho que juega a ser un hombre.

—Quien engendra a un necio, sufrirá pesares —dijo Strapp—. Y el padre del necio no conocerá la alegría.

El Beadle se inclinó sobre el lecho.

—El siervo prudente tendrá dominio sobre el hijo que causa vergüenza —replicó.

Strapp sonrió con desgana.

—Acepto sugerencias.

—El de Jersey, Morels, tiene una hija casadera al otro lado del charco, ¿no?

—Hace años que ando detrás de Abe para que se case —dijo Strapp—. Casarse y engendrar hijos sería lastre para la quilla, pero nunca ha mostrado el menor interés en ese sentido.

El Beadle se quedó mirándose el regazo.

—Perdóneme la impertinencia —dijo.

—Me estoy muriendo, señor Clinch. Su impertinencia es el menor de mis problemas.

—Podría imponer el matrimonio como condición para concederle la propiedad de sus negocios.

—¿Que modifique mi testamento, quiere decir?

El Beadle asintió.

—¿Ha hablado con Morels?

—Solo en términos generales. Pero es un hombre práctico. Sabe ver las ventajas de una unión así. Y a Abe le beneficiaría tener al de Jersey como socio, no como rival.

Strapp se volvió hacia su capataz y se quedó mirándolo fijamente.

—Y usted, Abraham, ¿se arrepiente de no haberse casado?

—Nunca he sentido la llamada, señor Strapp.

El enfermo siguió observando al Beadle un rato más. Suspiró y cerró los ojos.

—Abe tampoco la ha sentido. Aunque sospecho que por razones distintas a las suyas.

—A estas alturas, diría que sus razones son menos inamovibles. Puede negarse a casarse durante un tiempo, pero no rechazará su herencia para siempre.

—¿Y qué será del negocio mientras tanto?

—Mientras tanto, un fideicomisario podría administrar la compañía legalmente.

—Imagino que tiene a alguien en mente.

—Soy el mejor capacitado. Si a usted le parece bien.

Strapp negó con la cabeza.

—A mi hijo no le gustará ese apaño.

—Entonces se casará, aunque sea por despecho.

Strapp fijó la vista en el techo con un rictus de dolor que era la única risa que podía permitirse en esos momentos, con la nuez saltándole de forma grotesca en el cuello cadavérico.

—La inquina es el único acicate que ha tenido en la vida —dijo.

Cornelius Strapp murió dos días después de aquella conversación, sin levantarse de la cama en la que firmó la modificación de su testamento y sin volver a hablar con su hijo. Como albacea, le correspondió al Beadle dar a conocer las últimas voluntades del difunto cuando se leyó el documento en las oficinas de la compañía.

Abe llevaba años esperando ver a su padre portado a hombros por seis hombres, y no le gustó que Cornelius lo redujera, incluso después de su muerte, al estado de perro de carnicero, obligándolo a tumbarse junto a la carne sin poder tocarla. Armó un escándalo y acusó al Beadle de emplear argucias y trucos legales para frustrar su legítimo derecho, de recurrir a alguna hechicería jesuítica para confundir a un hombre enfermo y robarle el negocio a su heredero natural. Hubo que llamar a varios criados para sacarlo de allí cuando empezó a volcar sillas y a lanzar pisapapeles mientras amenazaba con matar al capataz como si fuera un perro.

Los dos hombres no cruzaron palabra durante las semanas siguientes. Cuando por fin el Beadle se le acercó para comentar los términos de la herencia, Abe le dijo que necesitaba una esposa tanto como un perro necesita un reloj de bolsillo, y que no había en toda la costa una sola mujer con la que estuviera dispuesto a casarse.

El Beadle le dedicó una peculiar sonrisa partida en dos.

—Tal vez sea recíproco, señor Strapp. Pero el mundo no acaba en esta costa. —Comprendió que Abe no tenía la menor idea de a qué se refería—. Tengo entendido que el señor Morels tiene una hija casadera en Europa.

—El de Jersey se pasea por ahí en zuecos. ¿Para qué quería yo una muchacha criada por semejante burro?

—Oh, simples, aprended prudencia —dijo el Beadle—. Oh, necios, aprended sensatez.

Abe negó con la cabeza.

—Morels no tiene hijos varones, señor Strapp. Usted se convertiría en su heredero como marido de su hija mayor. Y estoy seguro de que a Elias y la señora Caines la alianza les resultaría extremadamente desagradable. Tal vez sus medios de subsistencia no estarían tan garantizados si tuvieran que compartir corral con un solo carnero bien cebado en lugar de con dos ovejas.

—¿Está diciendo que podría quedarme con su parte de negocio?

—Con la debida atención y en las circunstancias adecuadas, sí. La costa entera podría ser suya algún día.

Era el único punto en el que sus intereses coincidían de manera evidente. El Beadle retomaba el tema siempre que tenía ocasión, y aun así tuvo que pasar el invierno y casi todo el verano hasta que Abe se dejó convencer por lo que él consideraba un plan del capataz. Una vez tomada la decisión, demostró, como de costumbre, una impaciencia pueril, e insistió en que Morels regresara a Mockbeggar con su hija en otoño, en lugar de esperar a la primavera, como tenía previsto.

—Cruzar el charco a finales de otoño no será una experiencia agradable para la novia —dijo el Beadle.

Abe se llevó la mano a la entrepierna.

—Se le olvidará rápido el mar en cuanto le dé un revolcón en este barco —dijo.

—Confío en que le ahorrará al señor Morels tales demostraciones de entusiasmo.

—Que ese alcahuete case a su hija con un monje si se ofende por tan poco —dijo Abe, y volvió a sacudirse las vergüenzas.

Abe Strapp se quedó mirando al de Jersey y a su hija salir de la iglesia como si el mundo en el que había depositado todas sus esperanzas saliera por la puerta con ellos. Aunque su vida hubiera dependido de ello, no habría logrado recordar si se había acostado con la criada, tal como aseguraba la Viuda. Lo más probable era que sí. Al fin y al cabo, todas se parecían.

—La señorita Purchase reclamará que reconozca al niño —gritó la Viuda desde el fondo de la iglesia—. Y manutención económica.

El Beadle se miró los pies, frunciendo y relajando los labios, como si intentase reunir saliva suficiente para escupir. No acababa de entender hasta qué punto la Viuda había saboteado la ceremonia y todo lo que debía derivarse de ella. A su alrededor flotaban los restos del naufragio, y él buscaba a tientas un trozo de madera lo bastante grande al que agarrarse para mantenerse a flote.

Era la primera vez en su vida que Abe Strapp percibía el más leve asomo de incertidumbre en aquel hombre, y sintió en las tripas un estremecimiento incipiente, un impulso viscoso de violar algo hasta matarlo. Golpeó el pecho del Beadle con el índice.

—Esto es culpa suya —le espetó.

—Aunque podríamos considerar otra opción —dijo la Viuda, avanzando por el pasillo.

—¿Cuál, exactamente?

—Estamos aquí para asistir a una boda, ¿no?

Clinch miró a la Viuda, con su media sonrisa. Implacable y serena.

—No le haga caso, señor Strapp —dijo.

—El testamento no especifica con quién debe casarse, ¿verdad? Si dice ahora «sí, quiero», volverá a casa como único propietario de C. Strapp e Hijo.

—Perderá cualquier posibilidad de adquirir la compañía de Morels.

—¡Por las orejas de Cristo! —gritó Abe—. El de Jersey no va a dejar que le ponga una mano encima a la cochina de su hija. ¿Qué más da encima de quién me acueste por las noches?

Al principio, la criada estaba horrorizada y rechazó la propuesta de plano.

—No me dijo que tendría que casarme con ese hombre —surró.

—Ese hombre —dijo la Viuda, señalando a Abe Strapp, que se había tendido cuan largo era sobre un banco, borracho perdido— está a punto de convertirse en el comerciante más rico de la costa.

Imogen Purchase miró hacia el altar y luego volvió la vista atrás.

—Nunca más tendrás que trabajar en los secaderos —prosiguió la Viuda—. Ni cargar con la colada hasta Looking Glass Pond. Tu hijo tendrá todo lo que necesite o desee.

Desde su posición junto al altar, el Beadle vio que la resistencia de la muchacha iba desvaneciéndose poco a poco de su expresión y su postura. Cuando se volvieron hacia él, la Viuda Caines asintió con la cabeza.

Así quedó consagrado el primer matrimonio del año en Mockbeggar. Matterface y Heater hicieron de testigos del novio, que dijo «sí, quiero» y «amen» a los votos, y la Viuda Caines hizo lo propio por Imogen Purchase.

—Yo os declaro marido y mujer —dijo el Beadle, dirigiéndose al templo casi vacío.

Después de salir de la iglesia, el de Jersey y su hija cruzaron Mockbeggar. La muchacha intentaba reprimir una oleada de vértigo como no había sentido desde sus primeros días tras bajar del barco en otoño. Iban sentados en un trineo descubierto, pero no tenía frío: seguía impresionada por haberse librado de una ejecución en el último momento.

No había un alma en el pueblo; las rocas y las lomas asomaban negras entre la nieve, y a ella le parecía que estaba atravesando un mundo carente de color y de vida. La embargó un sentimiento de repugnancia por aquel lugar. No había un solo tramo de terreno llano; las cabañas de pesca, los almacenes, los cobertizos y las casas se sostenían sobre pilotes sin orden ni concierto, como insectos de madera posados en las laderas, sobre las rocas de la playa y los bajos del puerto. Todo el asentamiento parecía involuntario y provisional, a la espera de que una buena tormenta lo barriese del mapa. Se imaginó una ola de proporciones bíblicas cayendo sobre la costa y arrastrando hasta el último poste al fondo del mar.

Su padre desvió el trineo tirado por un caballo hacia el interior, por encima de las parcelas de cultivo de Caines, hasta Looking Glass Pond y luego por la Raspa, salvando Tinkershare Head, hasta Nonsuch. Cuanto más se alejaban de la iglesia, más se enfriaba el alivio inicial de la muchacha. No mediaron palabra en todo el camino de vuelta y ella se fue directa a su habitación mientras el de Jersey desenganchaba el trineo y metía al caballo en el establo.

Se sentó en el borde de la cama con las manos en el manguito de piel, más furiosa de lo que creía posible. La habían ofrecido en sacrificio, atada de pies y manos, en aquel altar, y era su propio padre quien había sostenido el cuchillo contra su

cuello. No tenía ni idea de qué significaba que la ceremonia se hubiera interrumpido. La consecuencia no era necesariamente que su compromiso con Abe Strapp hubiera terminado. O que no fueran a obligarla a casarse con algún otro desconocido y a pasar el resto de sus días en aquella costa desolada y ascética.

Bajó las escaleras y encontró a su padre sentado junto a la chimenea. Estaba asando una manzana sobre la parrilla, como acostumbraba a hacer cada mediodía, girando el fruto de vez en cuando para que el calor hiciera hervir el jugo por dentro. Al principio no la miró; tenía la vista fija en la lumbre. En el salón flotaba un intenso olor a manzana asada, dulce y ligeramente avinagrado. La retiró de la parrilla y la puso en un plato, la partió en dos y se volvió para ofrecerle la mitad a su hija.

—Es la última del invierno —dijo.

Ella no supo qué quería decir.

—El barril está vacío —precisó él—. No habrá otra hasta el próximo otoño.

No había derramado una sola lágrima durante todo su calvario: ni en los días que se pasó vomitando en alta mar, ni al ver por primera vez el rostro lascivo de su prometido, ni una sola vez durante los meses de cuarentena en los que estuvo apartada de todos y de todo cuanto amaba. Pero al ver la manzana arrugada y humeante se vino abajo.

—Prométeme... —dijo entre sollozos—. Prométeme que volveré a casa con mi madre y mis hermanas.

Su padre parecía casi tan aturdido por los acontecimientos del día y por el papel que había desempeñado en ellos como su hija. Asintió con la cabeza, impotente.

—En primavera —contestó—. Te lo prometo.

En los días siguientes se mantuvo ocupada cardando lana, tejiendo y escribiendo cartas melancólicas a su madre y a sus hermanas sobre el mundo desolado al que había ido a parar, donde las mujeres vestían ropa de hombre y su padre se

comportaba con la timidez de una niña. Ninguna de aquellas misivas podría enviarse antes de que ella misma se hiciera a la mar en primavera, pero la consolaba hablar directamente con su madre y sus hermanas. Incluso cuando cayó enferma, se obligó a escribir una carta al día mientras pudo. Cada una era como un nudo en una cuerda que la ataba al lugar de donde venía, a las personas que la sostenían, y se aferró a ellas con las pocas fuerzas que aún le quedaban.

En pleno delirio pedía una y otra vez pluma y papel, aunque su mirada ciega permanecía fija en el techo. Su padre pasaba noche y día junto al lecho de la enferma, y a menudo la veía mover la mano derecha, como si estuviera escribiendo palabras en el aire.

Anna Morels fue la última persona de la costa que murió por la epidemia ese invierno, el día de San Valentín. El Beadle preguntó a su padre por los preparativos para el funeral, pero este se negó categóricamente a enterrar a su hija en Terranova. Mandó amortajarla con el vestido de novia y la colocó en un tonel que llenó de ron antes de sellarlo. Encontró las cartas que había escrito su hija y las leyó junto a la chimenea donde había asado la última manzana del año. A medida que las leía, las iba dejando sobre las brasas; las páginas y los retazos de su hija ardían brevemente antes de convertirse en humo y ceniza.

Cargaron el cadáver de la joven, dentro de su extraño sarcófago de madera, en el primer barco con destino a Europa en mayo de aquel año, durante la última gran nevada de la temporada. La mandaron de vuelta a casa para que estuviera con su madre y sus hermanas, tal como él le había prometido. Ese fue el único gesto de auténtica bondad que su padre tuvo jamás con ella.